



Fe, Revelación y el Credo

Fe y Revelación

La gran mayoría de los seres humanos decimos creer en Dios. Es por ello que existen muchas religiones, muchas maneras de describir la divinidad y cómo nos relacionamos con ella. La palabra religión significa *estar en relación* . . . con la divinidad. Aunque hoy en día muchas personas dicen no creer en Dios, otras niegan la posibilidad de creer en Dios e incluso otras dicen que es imposible decir algo sobre Dios, la verdad es que todos tenemos un impulso instintivo que nos lleva a trascender la inmediatez de nuestra realidad y buscar a Dios. ¿Cómo explicar este impulso?

Bueno, cada tradición religiosa tiene su propia manera de explicar cómo el ser humano se relaciona con Dios. En este libro reflexionaremos sobre cómo lo hacemos los cristianos

católicos. Para ello es importante entrar en un diálogo íntimo con las Sagradas Escrituras, el Catecismo de la Iglesia Católica, varios recursos teológicos que nos ayudan a entender nuestra tradición de fe, y por último, nuestra propia experiencia como discípulos de Jesús.

Históricamente los cristianos, haciéndole eco a muchos pensadores y creyentes en distintas culturas, han observado que el ser humano es constantemente animado por un deseo de ir más allá de sí mismo, de trascender las fronteras del presente inmediato. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos recuerda: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 27).

Este “deseo de Dios” con frecuencia coincide con la búsqueda de la verdad, el bien, y la belleza. Efectivamente, no existimos para vivir en la mentira o vivir engañados; todos buscamos la verdad. No existimos para vivir en la maldad o ser víctimas de ella; todos buscamos el bien. No existimos para ignorar la belleza; todos queremos deleitarnos en lo hermoso que nos rodea. Esa búsqueda constante de esos tres elementos es lo que nos hace humanos. Pero al mismo tiempo, el cristiano se pregunta: ¿de dónde viene este deseo? ¿Por qué somos así? ¿Por qué le dan sentido a nuestra vida la verdad, el bien y la belleza?

Como mujeres y hombres de fe sabemos que Dios nos ha creado precisamente para buscarle. En palabras de San Agustín: “porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto

mientras no descansa en ti” (San Agustín, *Confesiones*, 1,1,1). En todo el orden natural visible, lo que nos distingue como seres humanos es el deseo constante de querer encontrarnos con Dios, un deseo que no es simplemente fruto de la evolución o un accidente de la naturaleza. Dios, desde el principio nos quiso así—seres que le buscan continuamente.

La certeza de que Dios nos ha creado con el deseo de buscarle se convierte en la referencia más fundamental de lo que conocemos como Revelación divina. En otras palabras, Dios nos ha permitido saber que ese deseo que existe en lo más profundo de nosotros, esa necesidad de buscarle en la realidad, de celebrar y vivir como sus hijos, es un don divino que tiene un propósito: relacionarnos íntimamente con Dios. Y esta relación nos realiza como personas.

Es así que nos encontramos, quizás, con la más importante de las experiencias en la existencia del ser humano: Dios, quien nos ha creado y nos ama infinitamente, sale a nuestro encuentro, de manera libre y gratuita, para darse a conocer a la humanidad y para compartírnos su plan. Al mismo tiempo, el ser humano, creado con la capacidad de conocerle y de entrar en relación con Dios, tiene la capacidad y el deseo profundo de aceptarle junto con su plan, y de vivir en una relación permanente con Aquel que es el único que le puede realizar y hacer feliz.

La auto-manifestación de Dios es conocida como **Revelación**. La acción del ser humano en respuesta a esta auto-manifestación es conocida como la **fe**, la cual es también un don de Dios (*Ef* 2,8).

Por medio de la Revelación, Dios toma la iniciativa de darle a conocer a la humanidad la intimidad de su ser. La Revelación es en esencia una acción personal por parte de Dios. Es un diálogo de persona a persona; de persona divina a persona humana. En esta dinámica personal que es parte de la Revelación, podemos percibir a Dios, aceptarle, entenderle, amarlo, seguirle, sentirle, vivirle y anhelar vivir con él ahora y en la eternidad. Ya vivimos algo similar en nuestras relaciones personales cotidianas. Cuando entramos en relación con una persona, ya sea nuestra pareja, nuestros padres, hijos, amigos, etc., sabemos que podemos relacionarnos con ellos porque tenemos mucho en común. Y mientras más profunda es la relación con estas personas, por ejemplo el amor entre esposos o el amor de padres a hijos, existe una dimensión de misterio que va más allá de palabras y conceptos. Es un misterio en el cual nos encontramos con la otra persona y le amamos como *persona*, sin condiciones y sin dudas. Cuando Dios nos revela su propio ser, su ser personal, somos sujetos al misterio más grande que puede existir en el cual el Creador y la creatura se encuentran cara a cara, corazón a corazón. Dios en principio no tiene necesidad de dicho encuentro, el cual nada le agrega a su perfección como divinidad. Aun así, decide relacionarse con nosotros porque nos ama. Y por medio de su amor nos transforma y nos da vida nueva.

Y es por medio de esa misma Revelación que Dios también nos comparte lo que quiere para la humanidad y el resto del orden creado. No sólo Dios nos da a conocer su ser, sino que también nos muestra el camino que conduce a la vida eterna. Corresponde al ser humano, por medio del don de la fe,

recibido de Dios, percibir el contenido de la Revelación divina, aceptarlo, discernirlo y hacerlo vida. Éste es el plan de Dios, el cual se encuentra al centro de lo que la tradición cristiana llama *Historia de la Salvación*. A medida que la Historia de la Salvación sigue su curso, es decir, a medida que descubrimos lo que Dios quiere para nosotros aquí y ahora, sabiendo que esta historia tendrá su cumplimiento en la eternidad, más claro se hace el plan de Dios para la humanidad. En Cristo Jesús descubrimos, por supuesto, el sentido más profundo de la Historia de la Salvación.

Para poder hablar del Credo, el símbolo de nuestra fe, y para poder entender su importancia en el conjunto de la tradición cristiana católica, es necesario comenzar por afirmar esta relación tan importante entre la Revelación y la fe.

El Credo: afirmación de la fe y testimonio de la Revelación de Dios

Es común escuchar a muchos creyentes cristianos en nuestras comunidades hablar de la fe como una acción o actitud por medio de la cual aceptamos algo casi ciegamente. ¿Pero qué es ese “algo” que aceptamos? A veces decimos tener fe porque no hay alternativa o porque “es tradición”, o porque así lo aprendimos de nuestras familias. Cuando visitamos los hogares de muchos católicos hispanos en los Estados Unidos, Latinoamérica y el Caribe, con frecuencia nos encontramos con mensajes a la entrada de sus casas que dicen: “Aquí somos católicos y no vamos a cambiar de religión . . . Católicos fueron nuestros padres. Católicos seremos para siempre”. Este mensaje es una afirmación de las raíces profundas que son parte de la identidad

religiosa del pueblo hispano, el cual en su mayoría sigue siendo católico. Muchos de estos católicos practican su fe y la pueden articular. Sin embargo, son comunes los casos en los que al preguntar un poco más sobre el contenido de la fe, quienes dicen “aquí somos católicos . . . Católicos seremos para siempre” tienen dificultad para expresar exactamente lo que creen. No se trata solamente de creer, sino de saber en qué es lo que creemos como Iglesia. La tradición cristiana tiene un contenido muy particular. Sí, un contenido que ha sido revelado por Dios a través de la historia y que nosotros aceptamos y lo hacemos nuestro por medio del don de la fe.

Lo que sabemos de Dios, es decir lo que hemos recibido por medio de su acción reveladora en la historia, se nos ha dado a conocer, poco a poco, por medio de *acciones* y *palabras* divinas. En esto descubrimos lo que la tradición cristiana llama la *pedagogía divina*. El misterio de Dios es tan inmenso e infinito que sería imposible para nosotros como seres humanos entender su profundidad desde las limitaciones de nuestra condición humana. Sin embargo, eso no significa que no podamos conocer a Dios y lo que Dios nos revela. Sí podemos conocer la Revelación de Dios, y para ello Dios nos ha concedido la razón, la cual recibe ayuda del don de la fe para entender las cosas de Dios. Dios, desde el mismo momento en que nos crea, se da a conocer a la humanidad junto con su plan de salvación y su amor infinito. La constitución dogmática sobre la Divina Revelación, *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II (1962–1965), nos recuerda:

En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por

su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación. (DV, 2)

Para saber lo que Dios nos ha revelado, que es al mismo tiempo los que nos identifica como cristianos católicos, todo discípulo cristiano debe fijar su atención en la Historia de la Salvación. Es por ello que es fundamental que tengamos una relación especial con las Sagradas Escrituras. Es allí donde inicialmente encontramos el testimonio directo de Dios quien se revela a la humanidad por medio del pueblo de Israel y luego a los primeros cristianos que discernían la experiencia de Jesucristo y su misterio.

En las Sagradas Escrituras encontramos el testimonio del pueblo judío y el de los primeros cristianos, quienes fueron testigos de cómo Dios se fue revelando de manera progresiva desde el momento de la creación hasta Jesucristo. Por medio de la creación, Dios se presenta como origen de todo cuanto existe. Dios es la fuente de la vida, quien sostiene el orden creado, y quien ha hecho al ser humano, mujer y hombre, a imagen y

semejanza suya. Desde un principio el plan de Dios ha sido que el ser humano se realice precisamente como ser humano, imagen de Dios, y que llegue a la perfección. Para ello Dios le ofrece su amistad y su amor. La entrada del pecado en la historia, es decir la acción por medio de la cual el ser humano olvida su origen y su fin, y termina rechazando la amistad que Dios le ha ofrecido, y por consiguiente poniendo en riesgo su salvación, altera el plan de Dios. Pero Dios se mantiene fiel. Dios establece alianzas importantes con la humanidad por medio de Noé, Abraham, Moisés y otros creyentes, con las cuales le recuerda a la humanidad que sólo hay un Dios único al cual hemos de ser fieles.

Por medio de estas alianzas Dios confirma que su plan sigue vigente, que a pesar del pecado no abandona al ser humano y que sigue deseando nuestra perfección. En el Antiguo Testamento estas alianzas se hacen directamente por medio del pueblo de Israel, a quien Dios escoge como instrumento privilegiado para comunicar su plan de salvación a la humanidad entera. De Israel surgen los profetas, quienes animan y corrigen al pueblo, siempre recordándole que Dios es fiel y que tiene un plan para todos. En la sabiduría del pueblo de Israel se ven reflejados siglos de experiencia por medio de los cuales se conoce cada vez más sobre el Dios que se revela y ama a la humanidad infinitamente. Es precisamente en el seno del pueblo de Israel que nace Jesucristo, el Mesías, el Hijo de Dios, quien lleva la Revelación de Dios a su plenitud y en quien se cumplen todas las promesas del Dios de amor.

También mediante el don divino de la fe percibimos las huellas de Dios en la historia. Por medio de la fe entendemos

sus acciones y escuchamos sus palabras. Por medio de esa misma fe, la comunidad de creyentes que encontramos en las Sagradas Escrituras, especialmente el pueblo de Israel y las primeras comunidades cristianas, se descubre lo que Dios quiere que sepamos de él y lo que él quiere comunicarnos para que nos realicemos como sus hijas e hijos. A medida que pasa el tiempo, estas convicciones se hacen cada vez más evidentes. Jesucristo, máxima revelación de Dios, no sólo confirma tales convicciones sino que nos ayuda a entenderlas de una manera nueva y con claridad, especialmente por medio de su Misterio Pascual.

Son estas convicciones las que poco a poco se resumen en fórmulas de fe, las cuales con el tiempo se convertirían en parte de lo que hoy en día conocemos como el Credo. Como podemos ver, detrás del Credo se encuentra la Historia de la Salvación en la cual se encuentran Dios quien se revela y el ser humano quien responde con su fe; una historia de amor que tiene su punto máximo en Jesucristo, una historia de la cual nosotros también somos parte.

Fórmulas de fe en las Sagradas Escrituras

A medida que crece la conciencia del pueblo de Israel sobre su relación con Dios, se hace necesario establecer criterios por medio de los cuales se identificaría esa relación. En otras palabras, si los israelitas decían creer en el Dios de la Revelación, el Dios que los había elegido para manifestar sus maravillas a la humanidad, era necesario que hubiera claridad sobre cómo entendían a Dios, a su plan y lo que Dios esperaba de ellos.

Quizás la fórmula más importante que identifica a la tradición judía desde el Antiguo Testamento es ésta: “Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (*Dt* 6,4). En la tradición judía a esta expresión se le conoce como *Shemá*, que es el verbo escuchar en hebreo. Esta fórmula es muy importante, especialmente si tenemos en cuenta el contexto en la que nace. Vale la pena hacer dos observaciones. Por un lado, el pueblo de Israel se aparta de muchas de las tradiciones religiosas de su época, las cuales eran politeístas. Israel se distingue como un pueblo que cree en un solo Dios. ¿Cómo llegaron los Israelitas al monoteísmo, o la convicción de que hay un solo Dios? ¿Por qué el pueblo de Israel aceptó a un solo Dios mientras que otros pueblos siguieron creyendo en la existencia de varios dioses e ídolos? La respuesta es clara: El único Dios, Yahveh, así se los reveló. Y el pueblo escuchó. Por otro lado, Israel creció poco a poco en la convicción de ser el pueblo elegido. No tanto por sus méritos o porque Dios quisiera reservar algo para ellos que no quisiera dar a otros pueblos, sino que Dios escoge a Israel como pueblo para establecer una alianza, la cual estaría fundamentada en el principio de que sólo hay un Dios. En el profeta Jeremías encontramos una de las expresiones más hermosas en las que se afirma esta convicción: “Esta es la Alianza que estableceré con la casa de Israel, después de aquellos días—oráculo del Señor—pondré mi Ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo” (*Jer* 31,33).

Al leer el Antiguo Testamento nos encontramos una y otra vez con estas fórmulas. Si nos preguntáramos cómo se

identificaba un creyente en el Dios de la Revelación dentro de la tradición judía, tendríamos que responder con claridad y contundencia: por su fe en un solo Dios y por su certeza de que Dios había elegido a Israel para manifestar su gloria y revelar su plan. De ahí se derivan muchas otras de las convicciones de fe que encontramos en el Antiguo Testamento, las cuales apuntan directamente a la *identidad* del pueblo Israelita. El creer en un solo Dios y saberse elegidos se convertirían también en elementos centrales del cristianismo.

En el Nuevo Testamento la mayoría de fórmulas de fe que encontramos están relacionadas con Jesucristo. ¡Por supuesto! Jesucristo es la máxima expresión de la Revelación del único Dios. En Jesucristo los cristianos no sólo confirmamos lo que Dios había estado revelando desde el momento de la creación durante siglos y siglos por medio de la historia del pueblo de Israel, sino que encontramos la clave para entender dicha Revelación, y mucho más.

Quienes convivieron con Jesús escucharon sus palabras, fueron testigos de sus milagros y creyeron en él a la luz de su Misterio Pascual—muerte y resurrección. Estas personas tuvieron la responsabilidad de articular con claridad lo que Dios estaba revelando por medio de Jesús, el Cristo. Las palabras y acciones de Jesús en los evangelios son el punto de partida por excelencia para entender lo que nos quiere decir sobre Dios. Cuando Jesús nos revela algo sobre Dios, al mismo tiempo nos revela algo sobre sí mismo. Cuando Jesús nos presenta a Dios como su Padre (*Lc 11,2*), por consiguiente aprendemos que él es el Hijo Dios. El Reino de Dios ya está en entre nosotros (*Lc 17,21*), por lo tanto se hace evidente que Jesús es el signo por